



## Dualismo y penitencia: la religión en la España actual

Carlos G. Fuertes

El estado del bienestar es una socialdemocracia, y una socialdemocracia está, por definición, asentada en el capitalismo. Ningún electorado querría cambiar, ni arriesgarse a cambiar, con conocimiento de causa, bienestar por malestar; por lo tanto, el estado del bienestar es un estado conservador.

Se entiende que el modelo financiero a imitar son los países nórdicos, en los que hay un elevado nivel de impuestos, así como de gasto social —medidas intervencionistas, de izquierdas [¿?]. No hay contradicción, en realidad: las agrupaciones de extrema derecha —nacionalistas, euroescépticas y continuistas de su modelo económico: el nórdico, con elevado gasto social— tienen una enorme presencia política en Escandinavia; el proteccionismo, por otro lado, es lo más común en países en vías de desarrollo. De hecho, es prácticamente imposible establecer una analogía entre aquél y el estado de bienestar; curiosamente, no lo es tanto entre éste y la desregulación.

*The Wall Street Journal* y la fundación Heritage crearon en 1995 el Índice de Libertad Económica (ILE), según el cual, aunque el PIB *per cápita* de Noruega es superior al del Reino Unido, su libertad económica es menor. Curiosamente, y a pesar de que este país es modelo del intervencionismo «bueno», el PIB *per cápita* de España es asimismo mucho menor que el de Noruega, pero su ILE también es menor, así como su recaudación en base al PIB.

Se podría argumentar que la existencia del ILE obedece a razones políticas —conspirativas—; es decir, la intención de justificar posturas liberales que favorecerían a grandes fortunas bajo la premisa de que son lo mejor para todos.

Los criterios objetivos del ILE, sin embargo, son fácilmente verificables, e implican que mientras que un país esté intervenido no conlleva una situación

económica holgada, que su libertad económica sea alta (entendiéndose esto como la posesión de una baja presión fiscal, alta libertad financiera, monetaria...), suele indicar un nivel de desarrollo elevado.



Afrontar entonces el problema de las desigualdades en Europa desde una perspectiva cultural puede ser lo más lógico o lo más descabellado; existe, sin embargo, una relación bastante evidente entre culturas y sistemas económicos, aunque no se pueda saber a ciencia cierta si es la cultura la que dicta la economía, o si es la economía la que dicta la cultura, o si es otra cosa, o ninguna, de la misma manera que no se puede saber si la evolución de las especies es un proceso inteligente o espontáneo. Por eso, de una forma tan inverificable pero lógica en sí misma como la selección natural, un «análisis empático» es una forma de visualizar una sociedad como una pirámide de superegos: no educa a sus hijos de la misma manera un carpintero budista que un médico musulmán; los prejuicios y valores con los que toman decisiones pueden ser totalmente distintos.

Esto implica entender la sociedad, a la manera de la psicología social o la teoría de la acción, como la suma de sus individuos. Ante la falta de indicios de que la democracia en España sea muy diferente de, por ejemplo, la sueca, y ante la evidencia de que sí lo es, la conclusión más sencilla y, por lo tanto, más probable que se puede extraer, es que las diferencias entre Suecia y España se deban a que en Suecia hay muchos suecos y en España muchos españoles: un buen gobierno puede quizás mejorar las condiciones de la ciudadanía; una ciudadanía con talento, sin embargo, no puede fracasar si no es coartada por el estado.

¿Qué tienen en común, de hecho, Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España — países mediterráneos— con Irlanda, que no tengan en común con los otros países de la UE?

La cultura religiosa es la principal sospechosa: se trata de los cinco países mayoritariamente católicos de la UEM, y el único ortodoxo.

La idea es de todo menos nueva u original: se expone en una de las obras inaugurales de la ciencia sociológica. De hecho, de cierta manera, la sociología surgió para modelizar este tipo de observaciones.

Tiene España una historia rica y prolija: primer colonizador del Nuevo Mundo, reconquistada por los reinos cristianos; las ideas de Europa no siempre la alcanzaron y permaneció fiel al Papa. Gran imperio en alguna época, se hundió, y desde el XVIII se mantuvo fuera de la cultura europea hasta su total declive a finales del XIX. Las primeras traducciones de Kant realizadas por Manuel García Morente tuvieron lugar en los años veinte, el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke, de 1690, no fue traducido al castellano hasta 1956; *El manifiesto del partido comunista* de Marx y Engels de 1848, sin embargo, fue traducido por primera vez en 1872 por José Mesa Leompart.



Efectivamente, en España se leyó a Marx antes que a Locke.

Se deja entrever, interpretando a Weber, que el español, de cultura católica, es proclive a creer, o lo ha sido —y sigue bajo esa inercia—, que el estado le debe algo porque una concepción dualista de la realidad le empuja a entender la justicia social no como algo por lo que hay que luchar, sino como un dogma respecto al cual las capas altas de cierta jerarquía tienen que garantizar, en base a una fe religiosa en esa justicia social —entelequia inexistente en la naturaleza— los derechos de las capas más bajas.

«Los españoles somos envidiosos». ¿Quién no ha oído esto alguna vez? Es lo más prudente, empero, desconfiar de lo que opinen los españoles sobre sí mismos, especialmente si, como es el caso, nunca se han rebelado contra el mismo discurso que ensalzan —lo que es lógico—. Es interesante, además, que los prejuicios que tienen respecto a sí encajen a la perfección con los de la llamada Leyenda Negra.

En los medios centroeuropeos, por ejemplo, estos prejuicios respecto a los españoles suelen ser otros: el orgullo (vanidad) y la irresponsabilidad (ingenuidad) son bastante más comunes.

La imagen del español insidioso, cruel, de mirada oscura y fanática sería comprensible si fuera proyectada por alguien que no ha tratado con un español en su vida, por eso es tan llamativo que nadie crea más en esto —la Leyenda Negra— que los propios españoles, ya que tal imagen contradice la del español pío, dualista e ingenuo que propone Weber — más cercana, probablemente, a la realidad—.

La ingenuidad es, después de todo, el verdadero mensaje del sacramento de la Penitencia, inexistente en el cristianismo protestante.